

CERAMICA DEL PAIS VASCO

Prof. Dr. Leandro Silván. Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa. San Sebastián, 1982. In 24 x 17,5 cm.; pp. 315. Ilustraciones. (Con Prólogo de Jesús Oregui y Epílogo del que suscribe).

Cuando el mismo autor publicó la obra *Cerámica navarra* (San Sebastián, 1973) le dediqué una reseña en la *Hoja del Lunes* de San Sebastián (17 de junio de 1974) manifestando con entusiasmo la labor doblemente meritosa por haberla realizado a varios decenios después de apagarse la última mufla navarra. Tanto más razón nos asiste ahora para reiterar la expresión al repasar las páginas de la obra *Cerámica del País Vasco*, que vio la luz a los nueve años desde aquella inesperada efemérides. Esta, como aquella, resulta una valiosa e inesperada aportación para los estudios de esta difícil faceta de las artes populares.

Esta viene a ser igualmente amplia, metódica y erudita obra que abarca la generalidad dentro de su especialidad. A la vez viene a despertar nuestro interés por las artes cerámicas del país. Faceta a la que se ha prestado muy poca atención en los estudios etnográficos. Acaso hay que reconocer que en nuestro país tampoco se ha cultivado con la profusión necesaria para formar una base sólida con estudios de cierta extensión en variedad, abundancia y particularidades propias. Estrabón en sus descripciones geográficas informó que los cántabros y sus vecinos los “Ouáskones” (Vascones) usaban vasos labrados en madera, como los celtas.

La supuesta exigüedad ha podido motivar el poco interés prestado a los estudios de la cerámica en el país. Como ya expuse en aquella ocasión, Pedro M. de Artiñano, en su ponencia del V Congreso de Estudios Vascos (Vergara, 1930), apuntaba que la cerámica no estaba estudiada con el detalle y la minuciosidad que exigía una faceta tan importante de las artes populares. Y en dicho Congreso se expuso una muestra viva de un taller cerámico y su producción, procedente de Ullibarri-Gamboa de Alava.

En algunos estudios generales de etnología y etnografía a veces figuran meras citas con muestras de vasijas y sus ornamentos, como en las obras *El Pirineo español* (1949) o *El Arte Popular español a través del Museo de Industrias y Artes Populares* (1953) de Ramón Violant y Simorra, o en *Les Basques* (1947) de Philippe Veyrin, al comentar la “pegarra”.

Con posterioridad al V Congreso se han efectuado algunos pocos estudios monográficos: G. Manso de Zúñiga con varias aportaciones sobre alfarería guipuzcoana y las porcelanas de Pasajes, A. de Apraiz con un librito minucioso sobre la cerámica de Busturia, J. B. Daranatz que trató las porcelanas de Bayona, V. Val la alfarería en Vitoria, etc.

En aquella como en ésta, el autor ha sabido apreciar el ajuar procedente de los yacimientos de nuestras cavernas y dólmenes. Al propio tiempo de presentar la primera de sus obras el señor Silván, hay que señalar que nos llegó el gran *Corpus de materiales* de J. M. Apellániz, con una catalogación completa de materiales cerámicos prehistóricos. Que en esta ocasión ha podido aprovechar el autor. Y esta obra constituye el corpus general a través de los tiempos. Por consiguiente, ambas complementarias.

Opino que hubiera sido conveniente el no delimitar la territorialidad a la geo-política actual. Sólo divisible desde la época Moderna y que aún no ha podido borrar el nexo común en sus valores étnicos. Hasta la alta Edad Media no sólo son inseparables Vascongadas y Navarra, sin considerar a la Rioja y al País Vasco de Francia. Esto no impide otras influencias culturales, sobre todo en lo tocante a la cerámica, y hay que reconocer que en esta materia tuvo clara influencia Aragón. Pero es indudable la estrecha vinculación entre la montaña navarra y las vascongadas. Incluso en la cerámica se aprecia un mayor distanciamiento entre el “saltus” y el “aguer”, como testimonian los barnices y los cántaros y jarras. Personalmente estimo que hubiera ayudado a comprender mejor al estudiar en conjunto la interrelación existente en técnicas, conceptos y tipología. Sí se pueden completar ambas obras, pero el trabajo resultará siempre más ímprobo. Apellániz, en su tesis, señaló las diferencias predominantes entre las vertientes atlántica y mediterránea, reconocibles ya en época prehistórica.

Esa observación no mengua la labor científica del Sr. Silván, pues hay que reconocer su trabajo desde la investigación de la materia misma hasta la descripción extensiva a través de la historia. La catalogación abarca desde los yacimientos prehistóricos hasta la época contemporánea, inventariando los que hubo antaño y las que hay en nuestros días. Tras un repaso general de las edades del Hierro, Antigua y Media nos introduce en los alfares del siglo XVIII para continuar hasta el XX, con datos concretos de lugares de fabricación y descripción de centros de producción, tanto de la cerámica popular como de la loza y porcelana. Al mismo tiempo va relacionando con procedencias e influencias de las distintas corrientes nórdicas, mediterráneas y de la meseta. A este respecto es interesante observar, en texto y gráfico del capítulo III, las corrientes migratorias y difusivas de la cerámica en el Neolítico, e inmediatamente la aparición de las vasijas de barro en el país. Capítulo que nos muestra la seriedad y el rigor que emplea el autor.

Durante el Eneolítico es muy probable que el campaniforme se trasladara hacia la Bretaña a través de nuestro suelo. El vaso campaniforme se usó en el país procedente del Sur de España y lógicamente atravesó por la depresión pirenaica hacia el litoral bretona.

Los romanos introdujeron sus características cerámicas por la galia y por Tarraco, vía Celtiberia; y vasijas de *terra sigillata* se fabricaban en área vascona, Rioja y Navarra. *Los Alfares romanos riojanos* (1978) de Tomás Garabito nos ilustra documentalmente. Pero anteriormente fue Maria Angeles Mezquíriz quien nos mostró amplia información como fruto de sus investigaciones desde aquel trabajo titulado *Terra Sigillata hispánica*, editado en Valencia en 1961, y ulteriores publicaciones. El Dr. Silván, en las páginas 134-143 nos informa de aspectos técnicos y la presencia de la *terra sigillata hispánica*, su introducción, su desarrollo y las particularidades técnicas de su elaboración, pero no cita la presencia de alfares vascones para la fabricación de esa peculiar cerámica romana. Y a la Dra. Mezquíriz se la debe principalmente el estudio y la localización de testimonios que acreditan la fabricación en territorio de los vascones. Por ejemplo, en Lédena localizó un cilindro-molde de barro cocido en 1953; en Pamplona, fragmentos de moldes en la excavación del Arcediano de la catedral, en 1956, situables entre finales del siglo II e inicios del III d. de C.; otro fragmento de molde en el Museo Arrese de Corella, que se pone en cuestión su procedencia exacta para poder ubicar el alfar. Por otro lado, en tierras riojanas, en Calahorra, la primitiva capital de los vascos, fragmentos de moldes y varios carretes, restos de hornos en la zona de Tricio y Arenzana, de 6 hornos en el Bezares, entre 1975 y 1981, y un horno en Sotés, en 1979; mas fragmentos de moldes en los municipios de Badarán, Baños de Río Tobía, Bobadilla, Camproví, Estollo, Majarres, Nájera y Vareia.

Por otra parte, para añadir o aportar a la obra del Sr. Silván, habría que repasar los escasos textos medievales, pero con ojos de especialista en la materia, para no sujetarnos exclusivamente a la arqueología y cubrir en la medida de las posibilidades que puede ofrecernos la exigua documentación, esa época tan desconocida. Por ejemplo, en el Cartulario de San Millán de la Cogolla se cita el término “vía de Olleros” en Alava, año de 871. También “Ullivarri de los Olleros” consta entre los contribuyentes de Alava para la ayuda del cerco de Tarifa, en 1257.

En las arquivoltas de la portada románica de Santa Maria la Real de Sangüesa hay representaciones de oficios artesanales y entre los mismos figura un alfarero portando dos vasijas cuyas formas se asemejan a los pucheritos de los alfares de Lumbier.

De entre los trabajos recopilados e historiadados se deja entrever otra laguna, casi similar como entre las edades Antigua y Media, entre los siglos XVI y XVII. No por falta del propio autor sino de la inexistencia de datos o por nuestra falta de dedicación a la investigación. Los documentos de población de nuestras villas pueden aportarnos datos de interés sobre los gremios. En una relación de oficios de la población de Oñate, que Juan Madariaga nos dio a conocer en una publicación local, figuran un ollero y dos tejeros en 1489. Una exposición detallada del alfarero instalado en Oñate del siglo XV y del azcoitiano Juan de Echeverría, maestro alfarero en Talavera de la Reina a mediados del XVII (a quien le cita el Sr. Silván) dedi-

qué en el Boletín de la *Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, tomo XXXIX, páginas 758-762.

Sobre tejería, oficio en cierto modo afín a la alfarería, son de suma importancia las noticias ofrecidas por Juan Garmendia Larrañaga sobre la elaboración de la teja en Lanz, con adiciones a otras citas históricas sobre la exportación a Terranova desde Guetaria en 1563, almonedas de la teja en Oñate en los años 1690 y 1691, donde figuran nombres de los tejeros, el azpeitiano Martín de Salaverría y los “franceses” Pedro de Abaunza y Juanes de Ibarturen. Véase “La elaboración de la teja en Lanz” en *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, tomo XIV, n.º 39, páginas 447-459. Es más, al trabajo añade la contrata de dos obradores para producir teja y ladrillo en Eibar, en una tejería ya existente en 1696, según documento del Archivo de Protocolos de Guipúzcoa (año 1696, Leg. 1.056, fol. 118). Dio también a conocer otros contratos de Tolosa, realizados entre los años de 1796 y 1798, donde aparece otro tejero vasco-francés, Fernando de Elizaga.

De todo ello se desprende que es muy aventurado establecer límites territoriales aún entrando en el s. XVI, en lo que respecta a las dos provincias, al Señorío, al reino navarro y aún al territorio vasco de Francia. La interrelación existía hasta el s. XVIII, como muestran los documentos. Los tejeros que trabajan en Alava, según Landázuri, eran vasco-franceses. Pero la teja de recuento hallada por J. Rodríguez Salís en Remelluri, con inscripción en dialecto labortano, hace pensar que también se importaba de la vasconia de ultrapuertos. En la pegarra baztanesa se intuye la influencia labortana-bajanabarra, y la porcelana de Bayona en la de Ventas de Yanci y Pasajes.

Al intuir las distintas influencias es de rigor una mención a la posible introducción de barnices desde Aragón, adonde antes habían llegado desde el Mediterráneo, Valencia principalmente, difundido por los artesanos mudéjares. El uso del óxido de plomo que comenzaría a finales del alto medievo tuvo a Aragón como uno de sus grandes centros productores, utilizando barnices blancos a gran escala, con decoraciones en azul cobalto, verde y manganeso, y que están presentes en las antiguas producciones del país. Sin embargo, la decoración no se usó con la elegancia y profusión como habían hecho los aragoneses. La calidad ornamental, aún con toda su rusticidad, como lo hicieran en Paterna y Teruel con los óxidos de estaño y manganeso no llegaron a nuestros lares, a pesar de haber utilizado los mismos materiales. Las vasijas vascas son muy parcas en la ornamentación. Por lo general sólo se limitaban a darles un baño de barniz, con predominio del blanco, obtenido del óxido de plomo. Por su mayor producción o por su rica decoración, llegaban al país mercancías de alfares del Sur y Sudeste. Yo mismo localicé un plato de reflejos en Elgueta, cerámica hispano-morisca del s. XVI de Muel, más un fragmento, probablemente de Manises, en un yacimiento de Jaizkibel, donde también he encontrado otro fragmento de la típica cerámica verde y manganeso con fondo blanco que caracterizan a Paterna y Teruel. Supongo que también llegarían las cerámicas de cuerda seca y de cuenca o de arista, que igualmente desarrollaron los árabes y cuya herencia perduró lar-

go tiempo en la Península. El camerino del santuario de Arrate poseía azulejos sevillanos de finales del s. XVI que desaparecieron con la restauración del templo.

Con esas citas no pretendo apartarme del asunto sino ofrecer diversas vías que han podido incidir en la propia producción a través del comercio. Es manifiesto que el alfarero vasco tuvo información de lo que se hacía fuera del país, que no aceptó los adornos aunque tenía pleno conocimiento como demuestra el propio uso de la materia para la ornamentación. Tal vez se aferró a lo estrictamente funcional. Pero lo que al alfarero vasco no se le podrá negar es su gran sentido de la estética, de la línea perfecta, de la elegancia en la forma; y ha sido tal la variedad y riqueza de estas formas de volúmenes en el elemento barro y tal la identificación de gustos entre el consumidor y el productor que puede maravillar al profano en cuestiones cerámicas como a los más expertos, a poco que se percaten en la función que corresponde a cada vasija salida de las manos de un Federico Garmendia o un José Ortiz de Zárate de Alava como de un José Aramendi de Cegama; por citar únicamente a algunos que aún viven. Ha sido magnífica la compenetración de los gustos en los diseños, logrados a base de tiempo y ensayos entre obrador y consumidor.

Falta realizar un catálogo general con dibujos y fotografías recogiendo la más amplia información posible de los modelos de piezas salidos de alfares vascos, en toda su variedad e indicación de los usos o destinos. Para arrancar, los interesantes trabajos de Enrique Ibabe, que ha publicado dos libros y se ocupó del capítulo *Cerámica* en la *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, volumen VII, de la Editorial Auñamendi, son complementarios a las obras generales del profesor Leandro Silván en sus dos grandes aportaciones.

No obstante, siempre han de quedar resquicios a cubrir según vayamos hurgando en archivos y bibliografía del país. Esto me hace recordar un subrayado que hace años hice en el libro *Mi pueblo ayer* de Dionisio de Azkue, en las páginas 147-148 de la primera edición de 1932, que recordando viejas costumbres donostiarras viene a decirnos: "La fama del agua del Chofre era grande en mi niñez y tanta la personalidad de la fuente, que había llegado a dar nombre a cierto modelo de cantaros de arcilla que allí comenzaron a verse y se denominaron más tarde *Chofre-txarruak*". En la misma obra explica que el nombre de Chofre le venía de la primitiva casa *Joffre*.

Como punto final recalcaré que las variadas formas de nuestras vasijas, cuyos diseños pasaron a pura rutina ejecutiva, sin embargo, circunscriben a una identidad propia. Por otra parte, la cerámica que en sí asocia una serie de técnicas complejas viene a ser un elemento que ofrece un alto valor para los estudios comparativos de la interrelación cultural en los derroteros de la humanidad misma.

En estas líneas, al corroborar cuanto expuse en el Epílogo, sólo me cabe reiterar mi sincera felicitación al autor por su magna obra en un tema que prácticamente había desaparecido.

Juan San Martín